

Conmemoración de los fieles difuntos

2 Mac 12, 32-45; Sab. 11, 23-12, 2; Lc 23, 44-49. 24, 1-6

I

“Todo el mundo es delante de ti como un grano de arena en la balanza y como una gota de rocío de la mañana que cae sobre la tierra. Pero tienes piedad de todos, porque todo lo puedes, y disimulas los pecados de los hombres para traerlos a penitencia. *Pues Tú amas todo cuanto existe* y nada aborreces de lo que has hecho, que no por odio hiciste cosa alguna. ¿Y cómo podría subsistir nada si tú no quisieras, o cómo podría conservarse sin ti? Pero a todos perdonas, porque son tuyos, Señor, amador de las almas. Porque *en todas las cosas está tu espíritu incorruptible*. Y por eso corriges con blandura a los que caen, y a los que pecan los amonestas, despertando la memoria de su pecado, para que, libres de su maldad, crean, Señor, en ti” (Sab. 11, 23-12, 2).

La familia es un lugar particular del hombre. En este lugar, en esta comunidad, se saluda con alegría *su nacimiento*, *su* venida al mundo; y en este lugar, sobre todo, se siente su desaparición, *su muerte*. El día de los difuntos es un día particular para las familias. Este día van a los lugares donde descansan los difuntos más cercanos y más queridos; se encuentran, en el silencio, en la oración, en la meditación junto a sus tumbas.

Reviven recuerdos alegres y dolorosos; a veces las lágrimas comienzan a correr por el rostro, itan grande es el sentido de la cercanía, a pesar de la muerte, tan grande es la emoción!

En este día queremos recordar a todos los muertos, y en particular a las personas cuyos nombres ve Dios, aquí frente a nosotros y tan presentes en nuestros corazones...No podía ser de otra manera, reunirnos en torno al altar para orar por sus descanso eterno¹.

En la muerte, el justo se encuentra con Dios, que lo llama a sí para hacerle partícipe de la vida divina. Pero nadie puede ser recibido en la amistad e intimidad de Dios si antes no se ha purificado de las consecuencias personales de todas sus culpas. La Iglesia llama *Purgatorio* a esta purificación final de los elegidos, que es completamente distinta del castigo de los condenados.

De aquí viene la piadosa costumbre de ofrecer sufragios por las almas del Purgatorio, que son una súplica insistente a Dios para que tenga misericordia de los

1 JUAN PABLO II, ángelus, 2-XI-1980.

fieles difuntos, los purifique con el fuego de su caridad y los introduzca en el Reino de la luz y de la vida.

Los sufragios son una expresión cultural de la fe en la Comunión de los Santos. Así, "la Iglesia que peregrina, desde los primeros tiempos del cristianismo tuvo perfecto conocimiento de esta comunión de todo el Cuerpo Místico de Jesucristo, y así conservó con gran piedad el recuerdo de los difuntos, y ofreció sufragios por ellos, "porque santo y saludable es el pensamiento de orar por los difuntos para que queden libres de sus pecados" (2 Mac 12,46). Estos sufragios son, en primer lugar, la celebración del sacrificio eucarístico, y después, otras expresiones de piedad como oraciones, limosnas, obras de misericordia e indulgencias aplicadas en favor de las almas de los difuntos².

Nosotros, pues, aquí en la tierra podemos ayudar mucho a estas almas a pasar más deprisa ese largo desierto que las separa de Dios. Y también, mediante la expiación de nuestras faltas y pecados, haremos más corto nuestro paso por aquel lugar de purificación. Si, con la ayuda de la gracia, somos generosos en la práctica de la penitencia, en el ofrecimiento del dolor y en el amor al sacramento del perdón, podemos ir directamente al Cielo. Eso hicieron los santos. Y ellos nos invitan a imitarlos.

II

La fiesta de los fieles difuntos es continuación y complemento de la de ayer. Junto a todos los santos ya gloriosos, queremos celebrar la memoria de nuestros difuntos. Muchos de ellos formarán parte, sin duda, de ese «inmenso gentío» que celebrábamos ayer. Pero hoy no queremos rememorar su memoria en cuanto «santos» sino en cuanto difuntos. Es un día para presentar ante el Señor la memoria de todos nuestros familiares y amigos o conocidos difuntos, que quizá durante la vida diaria no podemos estar recordando.

Su muerte quizás nos hace sentir con mayor hondura la precariedad de la vida presente y nos lleva a hacernos preguntas como éstas: ¿Dónde están nuestros difuntos? ¿Hacia dónde vamos nosotros, destinados también a la muerte? ¿Qué sentido tiene la muerte? ¿No será la muerte la última manifestación del "sin-sentido" de la vida? Este carácter absurdo y misterioso de la muerte, nosotros como cristianos sólo lo podemos iluminar con la fe, con la luz que surge de este doble acontecimiento: Jesús murió; Jesús resucitó.

Jesús, muriendo él mismo nos enseñó a morir y nos aclaró el sentido de la muerte. La muerte de todos y cada uno de los cristianos está necesariamente vinculada a la

2 Directorio sobre la piedad popular y la liturgia principios y orientaciones, 2002, 251.

muerte de Cristo. La muerte de Cristo es el modelo supremo de la muerte cristiana: Cristo aceptó voluntariamente su muerte como prueba de obediencia amorosa a la voluntad del Padre; Cristo murió por los demás, por todos los hombres, como culminación de una vida totalmente entregada al servicio de los demás.

Para nosotros, en efecto, la muerte de Cristo no es sólo un ejemplo, sino la causa real y eficaz de nuestra salvación.

El Evangelio nos dice que la historia de Jesús no acabó con la muerte. En aquel domingo, las mujeres que buscaban el cuerpo de Jesús, encontraron el sepulcro vacío: "Por qué buscáis entre los muertos al que vive". Aquel que murió y fue sepultado, recibe ahora el título significativo de "El que vive", El Viviente.

De la resurrección de Jesús se origina el auténtico sentido cristiano a este día, en el que hacemos memoria de nuestros muertos. Hoy que recordamos la muerte, y que quizás incluso nos acercamos personalmente a los sepulcros de los seres queridos que "nos han precedido en el signo de la fe y duermen el sueño de la paz", confesar que Jesús es "el que vive", ahora y para siempre, es proclamar la noticia gozosa hasta sus últimas y más consoladoras consecuencias. Proclamar que a la muerte de Jesús siguió su gloriosa resurrección es colocar el más sólido fundamento de nuestra esperanza cristiana.

Cada Eucaristía proclama y reactualiza la muerte victoriosa del Señor. De modo especial, hoy incorporamos a nuestra celebración el recuerdo de la muerte de nuestros hermanos difuntos. Porque creemos que, vinculada a la de Jesús, también para ellos la muerte fue un acontecimiento de salvación. Que esta Eucaristía sea a un tiempo recuerdo eficaz de la muerte de Cristo y confesión gozosa de su resurrección, plegaria piadosa por todos los fieles difuntos y expresión de nuestra voluntad de vivir y de morir por el ejemplo y la fuerza de Jesús.

Aquellos que nos han dejado
no están ausentes,
sino invisibles.
Tienen sus ojos
llenos de gloria,
fijos en los nuestros,
llenos de lágrimas.

San Agustín

Padre Félix Castro Morales

Fuente: <http://parroquiadelasolidad.org/> (Con permiso a homiletica.org)